



## Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia

Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade  
(Editores y Compiladores)



Universidad  
Pontificia  
Bolivariana

302.4  
V712

Villa Gómez, Juan David, compilador  
Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como Barreras psicosociales para la paz, la reconciliación y la reintegración en Colombia / Juan David Villa Gómez, Lina Marcela Quiceno, Verónica Andrade Jaramillo compiladores -- Medellín: UPB, 2021. -- (Colección Ciencias Sociales, 17)  
512 p., 14 x 23 cm.  
ISBN: 978-958-764-998-7

1. Violencia – Colombia – 2. Política – Colombia – I. Quiceno, Lina Marcela, compilador – II. Andrade, Verónica, compilador – III. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / RDA  
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Varios autores  
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

**Orientaciones emocionales colectivas y polarización sociopolítica como barreras psicosociales para la paz y reconciliación en Colombia**  
ISBN: 978-958-764-998-7

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-998-7>

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales

Facultad de Psicología

Doctorado en Ciencias Sociales

CIDI. Grupo de Investigación en Psicología; sujeto, sociedad y trabajo (GIP). Proyecto: Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia (Fase II). Radicado: 325C-11/18-10

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano de la Escuela de Ciencias Sociales:** Omar Muñoz Sánchez

**Director Facultad de Psicología:** Rodrigo Mazo Zea

**Gestora Editorial de la Escuela:** Dora Luz Muñoz Rincón

**Editor:** Juan Carlos Rodas Montoya

**Coordinación de Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Sissi Tamayo Chavarriga

**Corrección de Estilo:** Carmenza Hoyos

**Fotografía portada:** Lina Marcela Quiceno

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

**Radicado:** 2111-27-05-21

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

## Prólogo

Las palabras tienen el poder tanto de herir como de sanar

En su libro *Emociones políticas* Martha C. Nussbaum incluye un subtítulo en el que plantea una pregunta que está en directa relación con este libro sobre Barreras psicosociales para la paz: ¿Por qué el amor es importante para la justicia? La historia de Colombia ha sido impresionantemente constante en algunos asuntos como el mantenimiento de un fuerte paternalismo en las relaciones sociales, el ejercicio de la violencia para definir la propiedad de la tierra, de los recursos naturales y para controlar las instituciones políticas y de gobierno.

Son esas algunas razones por las que tenemos que hablar de justicia, pero no solo en clave de acuerdo racional, sino, quizás con mayor razón, en clave de “atmósferas emocionales, climas emocionales, culturas y orientaciones emocionales colectivas, que pueden estar en la base de procesos de construcción de paz o de exacerbación de la violencia, fungiendo como barreras para la paz y la reconciliación”. Solo que, como lo evidencian las investigaciones consignadas en estas páginas, posiciones radicalizadas cierran posibilidades de reconocimiento y de diálogo, acciones estas que son necesarias para poder alcanzar acuerdos y construir una vida digna entre quienes asumen ideologías diferentes y tienen intereses distintos, como ocurre en todas las sociedades abiertas.

Para transformar nuestra historia y superar así esos obstáculos que de alguna manera nos hemos impuesto para construir la paz, se precisa recurrir a aquello que es más valioso que la misma racionalidad,

que, por cierto, aunque la tradición en Occidente la ha propuesto como faro que ilumina el camino correcto para alcanzar el desarrollo, infortunadamente, hay que tener valor para reconocerlo, no nos ha servido para vivir mejor (es evidente el caos social y ambiental en el planeta), con nuestra pretendida racionalidad no lo hemos logrado, no lo ha logrado el mundo, salvo algunas excepciones. Eso que quizás sea lo más valioso, aún más que la racionalidad, es lograr entender el valor y la trascendencia de los sentimientos y de las emociones y decidirse a educar desde ellos.

Los colombianos hemos trasegado más de doscientos años de violencia y expolio y no ha sido la racionalidad, precisamente, la clave para lograr la solución de nuestros problemas; de hecho, podemos afirmar que el uso de estrategias muy racionales, para lograr la mayor cantidad de beneficios y poder, han sido las que han agravado nuestros males, dolores y angustias. De hecho, nuestro Estado es un logro de la racionalidad, así como nuestro sistema educativo, de salud y político y, sin embargo, las cosas no están bien, la inequidad es evidente.

Es por eso que, para alcanzar la paz, hoy se hace completamente pertinente una nueva mirada, la mirada del amor, propuesta milenaria que siempre ha sido aplazada precisamente, porque antes se han considerado otras opciones, como la ya planteada racionalidad, o, antes, en la época antigua, la virtud o incluso, el saber; todos estos asuntos han sido asumidos como aquellos que si atendemos fielmente nos permitirán resolver nuestros problemas; pero, en general, el camino de la historia de la humanidad ha sido de depredación ambiental, violencias, guerras y muerte y no de paz, a pesar de todo el énfasis que se ha hecho en educar en la racionalidad, la virtud y el saber.

Existen muchos relatos de crueldad en la guerra, relatos que, como muchos actos de violencia en Colombia, nos impactan y nos llevan a preguntarnos si verdaderamente somos seres humanos racionales. A propósito de esos crueles relatos Rorty (2000)<sup>1</sup>, menciona cómo

---

<sup>1</sup> Rorty, R. (2000). Verdad y Progreso. Paidós.

los serbios no consideraban sus actos como violaciones de derechos a otros humanos, sino más bien, acciones contra su enemigo (los musulmanes), despojándoles así de su condición humana, permitiendo su crueldad. Este es el grave problema de la polarización: la negación de toda posibilidad de tratar como ser humano en propiedad al otro, al campesino, al joven, a la mujer, al inmigrante y que, en nuestro contexto, como en el de los Balcanes, es un comportamiento constante en los conflictos intratables (Bar-Tal, 1998), como es posible considerar al acontecido en Colombia.

La memoria, que siempre es social y no debe ser un medio del poder porque deja de ser memoria para convertirse en publicidad, nos permite entendernos, explicarnos y transformarnos. Teniendo eso presente es por lo que podemos afirmar que en la historia de Colombia es impresionantemente constante este fenómeno. Las fuertes manifestaciones sociales de 2021 en las que jóvenes sin oportunidades, ni futuro, asumieron el rol de primera línea en la lucha por el cambio, nos recuerdan dinámicas semejantes de la época de la Conquista, cuando se imponía un oscuro personaje, con mucho poder económico y político, el encomendero:

... De hecho, además de comida los encomenderos exigieron a los indios a su cargo el suministro de vestuario, agua, leña, forraje para los caballos y madera y trabajo para la construcción de sus residencias. Tales exacciones eran mucho más gravosas que las acostumbradas en tiempos precolombinos, y a comienzos de la década de 1540 provocaron rebeliones indígenas que solo terminarían después de severa represión.<sup>2</sup> (Palacios y Safford, 2002, pág. 69).

En esos matices constantes en nuestra historia vemos que generalmente quienes tienen el poder han considerado a los otros, como por ejemplo a los indígenas, como algo reemplazable. Se resalta también que estos personajes recibieron de la Corona española la donación de comunidades indígenas para que, supuestamente, los

---

<sup>2</sup> Palacios, M., y Safford, F. (2002). Colombia país fragmentado, sociedad dividida. Norma.

civilizaran y cristianizaran, pero las utilizaron como medio para concentrar riquezas y a pesar de que se enviaron autoridades desde el gobierno central para impedir eso, las cosas no cambiaron, por el contrario, se posibilitó la expansión de enfermedades gracias a las excesivas cargas laborales causando masivas muertes a los indígenas. Estos españoles hicieron poco por el mejoramiento de las condiciones de vida de la sociedad de comienzos de la Colonia, trabajaron para enriquecerse explotando hasta el límite, por eso nunca miraron con unos ojos diferentes a los de la enfebrecida ambición; esa fiebre les impidió ver que este, en el que estaban, era ahora su mundo, en el que la naturaleza sería generosa en la medida en la que incluyeran en la construcción de la nueva sociedad a los indígenas, lo que les permitiría lograr bienestar. Esto es lo que podríamos denominar el disfrute estético de una nueva vida en un nuevo mundo, pero lo frustró la racionalidad moderna, que es la que aún impera.

En nuestra sociedad así se ha comportado el poder casi siempre, negando la diversidad y dejándose llevar por la ambición de “llenar las alforjas”. Generalmente el bando que detenta el poder no asume a sus contrincantes como sujetos sociales que pueden tener algo que aportar, porque creen, como principio categórico, que aquellos renunciaron a esa condición de seres “normales” en cuanto decidieron tomar una postura diferente a la autodenominada posición verdadera-oficial. En ese orden de ideas se entiende que para quienes manejan el poder tampoco importa la naturaleza, salvo por los recursos como el oro y el petróleo y justifican el que, para extraerlos, la naturaleza pueda ser destrozada. Quizás ese comportamiento o relación con la vida la podemos llamar identidad del poder.

En esa identidad del poder sigue viviendo el encomendero que no respeta ni leyes, ni vidas y solo atiende a sus intereses, justificados con mil argumentos racionales. Pero muchos de “los otros” entienden que sus derechos no son respetados y que, por tanto, deben hacerlos valer. En redes sociales el escritor Esteban Carlos Mejía puso una muy bella pintura de Darío Ortiz Robledo en la que se ve a unos jóvenes encapuchados, con escudos y la bandera de Colombia, en un compacto grupo, que por cierto sus cuerpos forman

como una pirámide, al estilo de las composiciones de Da Vinci; ellos resisten el embate de los chorros de agua y de gases. Y entonces un seguidor del escritor anotó que era muy bonita y a continuación preguntó: ¿pero siguen siendo vándalos?

Hoy recordamos las historias de los indígenas que todo lo perdieron con la llegada de los encomenderos y otras historias de muchos otros en nuestro país, por ejemplo la de los esclavos, a quienes se les prometió libertad si luchaban en los ejércitos criollos por la expulsión de los chapetones, pero cuando se alcanzó la victoria no se les cumplió, o la de los campesinos, quienes desde la época de la Independencia se han ilusionado con una reforma agraria que nunca llega y que parece nunca llegará, o la de los artesanos que con toda sus fuerzas apoyaban aquellos partidos que prometían la protección de sus talleres contra las políticas económicas de favorecimiento de ingreso al país de los productos traídos de la potencia industrial inglesa, pero nunca ganaban, porque, como lo señalan muchos políticos e historiadores, en nuestro país el que cuenta los votos es el que elige.

Y así, muchas otras historias de expolio hacen pensar que esos muchachos de la “primera línea” no son vándalos, sino que son colombianos que, como lo hicieron otros en el pasado, hoy hacen un nuevo intento de recuperar lo que se les ha quitado o se les ha negado. Nos dice el papa Francisco:

Sueños que se rompen en pedazos. La historia da muestras de estar volviendo atrás. En varios países una idea de la unidad del pueblo y de la nación, penetrada por diversas ideologías, crea nuevas formas de egoísmo y de pérdida del sentido social enmascaradas bajo una supuesta defensa de los intereses nacionales. Lo que nos recuerda que «cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas aún... También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero. [...] La solidaridad, entendida en su

sentido más hondo, es un modo de hacer historia y eso es lo que hacen los movimientos populares.<sup>3</sup>

Dadas ciertas tendencias del pensamiento administrativo en nuestro país es importante anotar que no es adecuado, para la construcción de una sociedad respetuosa y justa, el argumento de que no se debe poner el retrovisor, metáfora que se refiere a no mirar el pasado o la historia, en tanto cosa vieja. Quienes valoramos la investigación de lo ocurrido como posibilidad de comprensión, sabemos del valor de entender las barreras psicosociales para la paz, porque ellas atraviesan nuestra vida y nuestra historia. No podemos privarnos de las oportunidades de construir una mejor sociedad; conocer la historia nos permite tener mejores discusiones y definir las mejores estrategias para lograr el futuro que queremos. Por no investigar nuestro pasado es que llegamos a confundir memoria, ese argumento social para construir la justicia, con la acción de conservar objetos o relatos.

Marco Palacios Roza metaforiza la historia de Colombia con la pintura de Alejandro Obregón llamada *Violencia*: el cadáver putrefacto de una joven cuyos senos y vientre hinchado, esperaba un niño, representan el paisaje, montañas y valles del país. Se afirma que los colombianos somos violentos por naturaleza. El asunto es que esa naturaleza no existe. Es válida la apreciación de Rorty de que no hay una naturaleza humana sino unos lenguajes, unas narrativas y unos acuerdos que podemos llamar cultura:

A mi modo de ver, un importante avance intelectual que ha sido hecho en nuestro siglo estriba en la constante disminución del interés por la pugna entre Platón y Nietzsche. Hay una disposición creciente a dejar de lado la pregunta "¿Cuál es nuestra naturaleza?" y a sustituirla por la pregunta "¿Qué podemos hacer de nosotros mismos?" Nos inclinamos mucho menos que nuestros antepasados a tomar

---

<sup>3</sup> Papa Francisco (2020). Encíclica *Fratelli Tutti*. Libreria Editrice Vaticana. Recuperado de: [http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco\\_20201003\\_enciclica-fratelli-tutti.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html)

en serio las “teorías de la naturaleza humana”, nos inclinamos mucho menos a tomar la ontología o la historia como guías para la vida. Hemos llegado a considerar que la única lección de la historia o de la antropología consiste en nuestra extraordinaria maleabilidad. Estamos llegando a considerarnos como el animal flexible y proteico que se moldea a sí mismo, y ya no como el animal racional o como el animal cruel. (Rorty, 2000, pág. 5).

Entonces, como nos lo enseña Rorty, no hay nada sobre nosotros a lo que podamos llamar o Fe o Razón o Virtud y que nos señalará qué debemos hacer para resolver nuestros problemas y desencuentros. No hay nada sobre nuestras cabezas para poder organizar nuestra sociedad; es bueno que entendamos que solo somos seres finitos, falibles y contingentes, que dependen, para construir la vida, de otros seres igualmente finitos, falibles y contingentes. Hemos de entender que lo que tenemos es lo que hemos logrado construir, que construir es algo que se hace mejor alcanzando acuerdos en el disenso, y que el consenso no es tan común, precisamente por la afortunada heterogeneidad humana.

Pero esta dinámica está negada, de entrada, tanto por la polarización, como por la negación de la condición de humano al oponente. Es por esto por lo que es valioso hablar de Barreras psicosociales para la paz, porque necesitamos realizar acuerdos en el disenso, acuerdos para incluir al que quiere dejar la lucha armada para integrarse en los procesos de construcción social y de paz, para incluir a ese que después de haber participado en la guerra sueña con cambiar, tener un trabajo digno y poner todas sus fuerzas, desde la construcción de su vida y de su familia, para la transformación social.

La historia es una posibilidad de evitar desdibujar a quien quiere integrarse socialmente, la historia nos ayuda a evitar convertirlo en un no humano. No es posible la paz sin historia. Será posible superar esas barreras psicosociales comprendiendo sus génesis y estructura, que es lo que nos plantea esta obra. Y también es muy importante entender la necesidad que tenemos de respetar la historia, preservándola desde la investigación seria, para que no sea reemplazada por versiones construidas desde intereses particulares.

Podemos conocer y entender los orígenes de nuestra actual violencia, orígenes que por cierto no están en la época de las guerras civiles del siglo XIX, ni en la Guerra de los Mil Días, o, como lo hemos dicho, no están en nuestra supuesta naturaleza violenta, sino que los encontramos claramente en la disputa violenta por el poder entre dos partidos a partir de la década del cuarenta, como nos lo cuenta Palacios (2006)<sup>4</sup> en su texto *Entre la legitimidad y la violencia*, que se desarrolla y se potencializa con otros eventos históricos como las elecciones de Olaya Herrera, y Alfonso López Pumarejo en cuyos gobiernos se presentaron políticas que afectarían a diferentes sectores, generando un ambiente de confrontación que comenzó en los debates del Congreso, cuyos Anales registran el trato agresivo y virulento con el que se agredían aquellos políticos de la época. Esta fue una polarización desde la palabra y el discurso. Así se creó una atmósfera de tensión, agresión y violencia, en la que la ecuanimidad de los argumentos, la veracidad de la información y las decisiones en justicia, comenzaron a naufragar para ser reemplazadas por mentiras con las que se quería desorientar al ciudadano.

En aquella época la gran prensa, El Tiempo y El Siglo, fundamentalmente, fueron utilizados para agredir y difamar a los contrincantes. La idea entonces, como hoy, era polarizar y poder así capitalizar la fuerza de un sector de la sociedad. Fueron esas las circunstancias en las que, como lo afirmamos, se desorientó el ciudadano porque no disponía de información veraz, condición necesaria para que, como opinión pública o expresión política social, pudiera tomar decisiones, según lo dispone el fundamento de un gobierno republicano. Las mayorías dejaron de sopesar los argumentos propios del debate político y se radicalizaron en un odio al contrincante que terminó por debilitar la democracia. Fenómeno que se repite con inusitada fuerza hoy en el país y que este libro de Barreras psicosociales nos permite entender en profundidad, lo que sin duda facilitará aportar a la construcción de la paz para poder vivir en una sociedad en la que la justicia pueda garantizarse en buena

---

<sup>4</sup> Palacios, M. (2006). *Entre la legitimidad y la violencia Colombia 1875 - 1994*. Editorial Norma.

medida, para lo que es necesario no perder la capacidad de soñar y, como la obra nos señala, “estos sentimientos persisten, aunque agrietándose, y en estas fisuras se habrá de colar la esperanza”.

Para la década del cuarenta también se daba un agravante que se sumó a las causas que generaron la Violencia y fue que la estructura política colombiana era una organización de caciques que tenían bajo su mando grupos de gamonales que controlaban grandes masas que seguían a líderes que residían en Bogotá y eran quienes realizaban esa manera de hacer política desde el discurso agresivo. Hoy comprendemos esas dinámicas gracias a las nuevas investigaciones:

Las emociones colectivas que son configuradas y configuradoras del clima emocional, movilizan entonces acciones coordinadas (Huebner, 2011) y modos de relación que tienen consecuencias prácticas a nivel social y político, lo que pone en un primer plano la pregunta acerca de lo que hacen las emociones, base sobre la cual es posible considerar su papel como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación, es decir, las emociones pueden actuar como barreras psicosociales para la paz, mas no son en sí mismas dichas barreras.” (Patiño & Barrera, capítulo 1)

Ciertamente estos fenómenos como la Violencia partidista, el ambiente originado por ésta que permitió que surgieran las guerrillas, que, si bien en un comienzo fueron liberales, en el contexto de la Guerra Fría se transformaron en comunistas, pero sus motivos siguieron siendo los mismos, dentro de los cuales se puede destacar la lucha por la tierra. Y la violencia siguió y sigue hoy, en otras circunstancias y con otras formas y los problemas siguen siendo básicamente los mismos: la disputa por el poder, la exclusión y la inequidad. En Colombia no hemos logrado resolver el problema de la violencia, a pesar de los grandes esfuerzos realizados como negociaciones y acuerdos de paz. Hemos de entender las dinámicas de las barreras psicosociales para la paz y así nos podremos disponer para construir la paz, una paz en la que el otro sea considerado como ser humano con derecho a disentir y en la que la palabra sea puesta para sanar y no para matar.

Nuestra sociedad se sigue debatiendo, hoy contemplamos las grandes movilizaciones y las fuertes resistencias. Debemos reconocer el fenómeno de las barreras psicosociales para la paz y discutirlo, que es a lo que nos invita y motiva este texto, que es el producto del esfuerzo y entrega amorosa por el país de un grupo de investigadores que nos ofrecen sus saberes y logros, lo que sin duda contribuirá con los esfuerzos que muchos realizan para reemplazar barreras por puentes que nos permitan reconocernos, dialogar y trabajar para acordar cómo resolver nuestros problemas. Necesitamos puentes que nos hagan posible esa fundante dinámica gracias a la cual logramos convertirnos en seres humanos, la conversación. Hay que abrirle espacio a la esperanza. Es muy importante darnos, como una generación de los cien años de soledad, una segunda oportunidad:

Esto quiere decir que el hecho de que emociones como el odio, el miedo o el dolor puedan ser usadas como barreras psicosociales para la paz, no significa que no puedan desempeñar otras funciones en el plano sociopolítico, una muestra clara de ello es el dolor, que además de sostener narrativas victimistas, puede generar procesos de reivindicación colectiva, de empoderamiento y de denuncia (Patiño & Barrera, Capítulo 1).

**Ramón Maya Gualdrón**  
**Historiador**